

identidad personal y trascendencia, identidad personal y teonomía.

En la primera se estudia lo que, desde la experiencia fenomenológica, significa la subjetividad humana. Se desarrolla así una honda reflexión psicológica y metafísica, donde la persona aparece caracterizada como un sujeto en su acepción más radical, esto es, como incomunicable, fin en sí mismo, un todo y no una mera parte, y en fin, como individuo de una especie, pero con una individualidad del todo peculiar. Al final se establecen dos contrapuntos necesarios: a saber, que a pesar de la peculiaridad única puede hablarse de especie y de naturaleza humana; y que la persona no se reduce a subjetividad consciente, pues el ser humano no tiene una conciencia adecuada de su propia subjetividad, por su misma conciencia y porque no todo él es conciencia.

La segunda parte aborda la dimensión, por así decir, centrifuga de la persona: su trascendencia. Esta trascendencia se muestra y desarrolla de un modo gnoseológico y en el ámbito moral. El empeño de Crosby consiste en mostrar que esa trascendencia es intrínseca a la persona, a su subjetividad, pero sin que ello signifique que se enajene, que pierda su autonomía. Trascendencia no significa heteronomía; ni subjetividad implica pura inmanencia. La subjetividad humana, su ser personal, se desarrolla trascendiéndose. El ejercicio dialéctico que hace aquí el autor es más que notable, encontrando un equilibrio y alcanzando una profundidad llena de sugerencias, tanto desde el punto de vista ontológico, como desde el psicológico, sobre todo el moral, e incluso el teológico.

La tercera y última parte va encaminada, por un lado, a matizar la primera,

y por otro, a mostrar la relación de la persona humana con Dios. Dicha matización resulta exigida por el hecho de que el carácter de fin en sí mismo y de autoposición con que fue caracterizada la persona no es absoluto; sólo es absoluto en Dios. Así, la persona humana se diferencia netamente de Dios por diversas notas que la hacen finita. Ahora bien, el ser personal mismo no es de suyo limitado, sino llamado a lo infinito: nos encontramos ante la imagen de Dios en el ser humano, lo que nos hace posible un conocimiento y una relación con El.

Por lo demás, no se descuida en el estudio la atención al aspecto social o comunitario de la persona; y también aparecen algunos apuntes, oportunos y acertados, acerca de las Personas divinas.

En *The Selfhood of the Human Person* tenemos un trabajo serio, profundo y muy sugerente, sobre algo tan necesitado de profundización para todas las ciencias del espíritu como es la persona humana.

Sergio Sánchez-Migallón

Antonio Livi, *Il principio di coerenza. Senso comune e logica epistemica*, Armando Editore, Studi di Filosofia - 13, a cura della Facoltà di Filosofia del Pontificio Ateneo della Santa Croce, Roma 1997, 221 pp., 15 x 22, ISBN: 88-7144-707-7.

El A. con el presente libro completa la trilogía de trabajos dedicados a la filosofía del sentido común. El sentido común puede definirse, en palabras de Livi, como aquello que todos espontáneamente saben y piensan respecto a lo que todos poseen en común como per-

sonas humanas, tanto en el ámbito de la situación ontológica como en la esfera de los imperativos éticos y de los valores. De modo constitutivo, el sentido común no puede autojustificarse mediante la reflexión o el análisis, sino que su fundamento gnoseológico descansa en la evidencia, principio común de todos los saberes. La filosofía del sentido común supone un intento de fundamentación del conocer humano y su estudio pertenece por tanto a la llamada lógica epistémica.

En el primero de los libros, *Filosofía del senso comune: logica de la scienza e della fede* (Ares, Milano 1990, traducido al castellano bajo el título de *Crítica del sentido común. Lógica de la ciencia y posibilidad de la fe*, Rialp, Madrid 1995) se muestra de modo teórico-sistemático la existencia del sentido común a través del análisis lógico del discurso común y científico. En la segunda obra de la trilogía (*Il senso comune tra razionalismo e scetticismo: Vico, Reid, Jacobi, Moore*, Massimo, Milano 1992) se lleva a cabo el tratamiento histórico-crítico de la noción de sentido común a través de los pensadores apenas citados. En estas dos obras se manifiesta que a lo largo de la historia de la filosofía se encuentra presente una noción (nunca sistemáticamente enunciada pero siempre presente de modo implícito) que se refiere a los principios o fundamentos del conocimiento, pero no los principios «puestos» por una elección metodológica, sino aquellos principios dados por la misma naturaleza del pensar. Ese modo natural de pensar es lo que viene definido como sentido común.

Este tercer trabajo completa la investigación histórico-teorética con una investigación de tipo negativo, demostrando que la lógica del discurso exige el respeto de los principios de los

cuales necesariamente parte si no se quiere incurrir en la incoherencia lógica y, por lo tanto, que se autodestruya como racionalidad. El principio de coherencia defendido por el A. no es otro que el principio de no contradicción, que en este ensayo se aplica a los sistemas filosóficos autorreferenciales, es decir, aquellos sistemas que han intentado construir una ciencia sin presupuestos. Estos sistemas (representados de modo emblemático por las filosofías de Descartes, Kant y Hegel) pretenden negar programáticamente toda validez veritativa al sentido común, es decir, a los datos empíricos y lógicos de la experiencia originaria. Pero después no pueden menos que utilizar de modo encubierto estos mismos datos del conocimiento espontáneo, lo cual revela la incoherencia estructural de su sistema y de cualquier otra forma de filosofía autorreferencial.

El libro está estructurado en tres capítulos precedidos por una extensa introducción, en la que presenta las premisas de la investigación: el principio de coherencia y el sentido común. El primer capítulo muestra la incoherencia estructural de los sistemas subjetivistas, centrándose especialmente en Descartes y en la fenomenología de Husserl. En el segundo capítulo se trata del sistema kantiano y de los sistemas puramente formales, como el positivismo lógico o la filosofía del lenguaje de Wittgenstein. En tercer lugar, se analiza la incoherencia del sistema idealista centrándose en la filosofía del Absoluto de Hegel. Al final de la exposición sistemática se realiza una amplia síntesis conclusiva, añadiendo a continuación un breve y pedagógico vocabulario epistemológico. Un segundo apéndice se dedica a una sintética reseña bibliográfica de autores y obras contemporáneas dedicadas a la lógica epistémica.

El tratamiento de la filosofía del sentido común aporta un punto de vista original para abordar una confrontación crítica entre los planteamientos epistemológicos contemporáneos y la metafísica clásica. Especialmente dirigido a historiadores de la filosofía y de la ciencia.

José Ángel García Cuadrado

Antonio MILLÁN-PUELLES, *El interés por la verdad*, Ed. Rialp, Madrid 1997, 336 pp., 16 x 24, ISBN: 84-321-3150-4.

El prof. Millán-Puelles presenta una nueva obra en el conjunto de varias que han visto la luz en pocos años (*Teoría del objeto puro*, en 1990, *La libre afirmación de nuestro ser*, en 1994, *El valor de la libertad*, en 1995, y la que ahora presentamos), y bien puede decirse que en ellas se refleja el pensamiento maduro, condensado y bien granado del autor.

Ciertamente, en esta obra pueden verse con claridad los rasgos más característicos del pensamiento y producción del prof. Millán-Puelles. Entre estos hay que contar, en primer lugar, aspectos por así decir formales: está escrito en un cuidado y elegante castellano, con ese raro equilibrio —habitual en el autor— de diáfana claridad y exquisita precisión; el aparato bibliográfico y las citas quedan expuestas con todo rigor en su idioma original a pie de página; y el hilo seguido en el tratamiento de las cuestiones responde a una lógica del todo natural.

En segundo lugar, la presente obra refleja bien —a nuestro juicio— algunas de las notas más profundas y valiosas del pensamiento del prof. Millán-Puelles. La que más llama la atención acaso sea el continuo diálogo que entabla con numerosos pensadores, muchos de ellos de la mayor talla, de quienes demuestra un

conocimiento más que notable. Especialmente parece gustar al autor confrontar sus dilucidaciones con la doctrina de Kant, pero comparecen también, con extensión y profundidad, Nietzsche, Wittgenstein, Heidegger, Russell y Locke, entre otros, sin olvidar las numerosas referencias a quienes tal vez considera sus mayores inspiradores: Aristóteles, Santo Tomás y Husserl. El lector podrá encontrar al final del libro un índice onomástico que le será de utilidad.

Es de notar también que en ese diálogo con los diversos filósofos, el autor procede siempre con sutileza, admitiendo lo que de verdadero encuentra, y rechazando lo que por el contrario es falso, con el único pero definitivamente eficaz argumento de la reducción al absurdo, buscando siempre el criterio de verdad en la lógica interna del razonamiento y en la evidencia de las experiencias más inmediatas. Ciertamente, a lo largo de toda la obra, se aprecia el genuino realismo que Millán-Puelles siempre ha sostenido sobre la base de las experiencias más ciertas, las internas e íntimas: un fundamento, pues, subjetivo, en las antípodas, sin embargo, de todo subjetivismo.

Todo ello, junto con la elección del tema del libro, del todo interesante y sugerente, que desarrolla con pedagogía magistral, hace esta obra deliciosa de leer y muy instructiva, tanto para el filósofo como para el que quiere llegar a serlo. En cuanto al desarrollo mismo del tema tratado, importa destacar la confluencia articulada de la teoría del conocimiento, la metafísica, la psicología, la antropología, la filosofía del lenguaje y la ética. Ello no es sino una muestra de la preocupación y a la vez el dominio que tiene el autor de los diferentes campos de la filosofía, sin olvidar además su especial habilidad para